



Leccionario Común Revisado

Viernes Santo

La Colecta:

Dios de todo poder: Te rogamos que mires con Clemencia a esta, tu familia, por la cual nuestro Señor Jesucristo consintió ser traicionado, entregado a manos de pecadores, y padecer muerte en cruz; quien contigo y el Espíritu Santo vive y reina, un solo Dios, ahora y siempre. Amén.

Antiguo Testamento: Isaías 52:13-53:12

¹³ Mi siervo tendrá éxito,

será levantado y puesto muy alto.

¹⁴ Así como muchos se asombraron de él,

al ver su semblante, tan desfigurado

que había perdido toda apariencia humana,

¹⁵ así también muchas naciones se quedarán admiradas;

los reyes, al verlo, no podrán decir palabra,

porque verán y entenderán

algo que nunca habían oído.

¹ ¿Quién va a creer lo que hemos oído?

¿A quién ha revelado el Señor su poder?

² El Señor quiso que su siervo

creciera como planta tierna

que hunde sus raíces en la tierra seca.

No tenía belleza ni esplendor,

su aspecto no tenía nada atrayente;

³ los hombres lo despreciaban y lo rechazaban.

Era un hombre lleno de dolor,

acostumbrado al sufrimiento.

Como a alguien que no merece ser visto,
lo despreciamos, no lo tuvimos en cuenta.

⁴ Y sin embargo él estaba cargado con nuestros sufrimientos,
estaba soportando nuestros propios dolores.

Nosotros pensamos que Dios lo había herido,
que lo había castigado y humillado.

⁵ Pero fue traspasado a causa de nuestra rebeldía,
fue atormentado a causa de nuestras maldades;
el castigo que sufrió nos trajo la paz,
por sus heridas alcanzamos la salud.

⁶ Todos nosotros nos perdimos como ovejas,
siguiendo cada uno su propio camino,
pero el Señor cargó sobre él la maldad de todos nosotros.

⁷ Fue maltratado, pero se sometió humildemente,
y ni siquiera abrió la boca;
lo llevaron como cordero al matadero,
y él se quedó callado, sin abrir la boca,
como una oveja cuando la trasquilan.

⁸ Se lo llevaron injustamente,
y no hubo quien lo defendiera;
nadie se preocupó de su destino.
Lo arrancaron de esta tierra,
le dieron muerte por los pecados de mi pueblo.

⁹ Lo enterraron al lado de hombres malvados,
lo sepultaron con gente perversa,
aunque nunca cometió ningún crimen
ni hubo engaño en su boca.

¹⁰ El Señor quiso oprimirlo con el sufrimiento.
Y puesto que él se entregó en sacrificio por el pecado,
tendrá larga vida
y llegará a ver a sus descendientes;
por medio de él tendrán éxito los planes del Señor.

¹¹ Después de tanta aflicción verá la luz,

y quedará satisfecho al saberlo;
el justo siervo del Señor liberará a muchos,
pues cargará con la maldad de ellos.
¹² Por eso Dios le dará un lugar entre los grandes,
y con los poderosos participará del triunfo,
porque se entregó a la muerte
y fue contado entre los malvados,
cuando en realidad cargó con los pecados de muchos
e intercedió por los pecadores.

Salmo: Salmo 22

- ¹ Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? *
¿Por qué estás lejos de mi llanto
y de mis palabras afligidas?
- ² Lloro de día, pero no respondes; *
lloro de noche, pero no hallo calma.
- ³ Pero tú, Señor, eres el Santo, *
entronizado por las alabanzas de Israel.
- ⁴ Nuestros ancestros confiaron en ti; *
confiaron, y tú los liberaste.
- ⁵ Clamaron a ti, y los libraste; *
en ti confiaron, y no los defraudaste.
- ⁶ ¿Soy un ser humano, o un gusano? *
La gente me humilla y todos me desprecian.
- ⁷ Cuantos me ven, se ríen y se burlan; *
dicen con muecas, meneando la cabeza:
- ⁸ «Este confió en el Señor; que Dios lo libre; *
que Dios lo salve, si es que tanto lo ama».
- ⁹ Pero tú eres el que me sacó del vientre; *
me cobijaste en el regazo de mi madre.
- ¹⁰ He estado en tus manos desde que nací; *
fuiste mi Dios desde el vientre de mi madre.
- ¹¹ No estés lejos, que el peligro está cerca *
y no hay nadie que pueda socorrerme.

- ¹² Un tropel de novillos me rodea; *
me asedian los toros de Basán.
- ¹³ Abren sus fauces ante mí, *
como el león que ruge con voracidad.
- ¹⁴ Me derramo como el agua; *
todos mis huesos se desarman;
mi corazón es cera derretida.
- ¹⁵ Mi boca está seca como un tiesto;
mi lengua, pegada contra el paladar; *
me hundiste en el polvo de la tumba.
- ¹⁶ Jaurías de perros me acorralan;
pandillas de malvados me rodean; *
me atraviesan las manos y los pies;
se pueden contar todos mis huesos.
- ¹⁷ Me miran y se regodean; *
se reparten mis ropas entre ellos;
por mi túnica echan suertes.
- ¹⁸ ¡No estés tan lejos, Señor! *
Tú eres mi fuerza; date prisa en ayudarme.
- ¹⁹ Rescátame del filo de la espada; *
sálvame de la jauría.
- ²⁰ Salva mi vida de la boca del león; *
mi pobre cuerpo, de los cuernos de los toros.
- ²¹ Les diré tu nombre a mis hermanos; *
te alabaré en medio de la congregación.
- ²² ¡Fieles de Señor, alábenlo! *
¡Israel, adóralo asombrado!
¡Que todo el pueblo de Jacob lo glorifique!
- ²³ Porque no desprecia al pobre en su aflicción
ni esconde de él su rostro, *
sino que lo escucha cuando clama.
- ²⁴ A Dios le rindo alabanza en la asamblea; *
entre los fieles cumpliré mis votos.
- ²⁵ El pobre comerá y será saciado
y quienes buscan al Señor lo alabarán: *

«¡Que viva siempre Dios!».

²⁶ Se volverán al Señor todos los cabos de la tierra *
y toda familia ante él se inclinará.

²⁷ Porque el derecho de reinar es del Señor; *
él gobierna sobre las naciones.

²⁸ Los que duermen en la tierra lo adoran; *
los que descienden al polvo ante él se postran.

²⁹ Mi alma vivirá por él; *
mi posteridad lo servirá;
siempre al Señor le pertenecerán.

³⁰ Vendrán y anunciarán a un pueblo por nacer *
las maravillas que ha hecho por salvarnos.

Nuevo Testamento: Hebreos 10:16-25 o Hebreos 4:14-16; 5:7-9

¹⁶ «La alianza que haré con ellos
después de aquellos días,
será ésta, dice el Señor:
Pondré mis leyes en su corazón
y las escribiré en su mente.

¹⁷ Y no me acordaré más de sus pecados y maldades.»

¹⁸ Así pues, cuando los pecados han sido perdonados, ya no hay necesidad de más
ofrendas por el pecado.

¹⁹ Hermanos, ahora podemos entrar con toda libertad en el santuario gracias a la
sangre de Jesús, ²⁰ siguiendo el nuevo camino de vida que él nos abrió a través del
velo, es decir, a través de su propio cuerpo. ²¹ Tenemos un gran sacerdote al frente de
la casa de Dios. ²² Por eso, acerquémonos a Dios con corazón sincero y con una fe
completamente segura, limpios nuestros corazones de mala conciencia y lavados
nuestros cuerpos con agua pura. ²³ Mantengámonos firmes, sin dudar, en la esperanza
de la fe que profesamos, porque Dios cumplirá la promesa que nos ha
hecho. ²⁴ Busquemos la manera de ayudarnos unos a otros a tener más amor y a hacer
el bien. ²⁵ No dejemos de asistir a nuestras reuniones, como hacen algunos, sino

animémonos unos a otros; y tanto más cuanto que vemos que el día del Señor se acerca.

o

¹⁴ Jesús, el Hijo de Dios, es nuestro gran Sumo sacerdote que ha entrado en el cielo. Por eso debemos seguir firmes en la fe que profesamos. ¹⁵ Pues nuestro Sumo sacerdote puede compadecerse de nuestra debilidad, porque él también estuvo sometido a las mismas pruebas que nosotros; sólo que él jamás pecó. ¹⁶ Acerquémonos, pues, con confianza al trono de nuestro Dios amoroso, para que él tenga misericordia de nosotros y en su bondad nos ayude en la hora de necesidad.

⁷ Mientras Cristo estuvo viviendo aquí en el mundo, con voz fuerte y muchas lágrimas oró y suplicó a Dios, que tenía poder para librarlo de la muerte; y por su obediencia, Dios lo escuchó. ⁸ Así que Cristo, a pesar de ser Hijo, sufriendo aprendió lo que es la obediencia; ⁹ y al perfeccionarse de esa manera, llegó a ser fuente de salvación eterna para todos los que lo obedecen.

El Evangelio: Juan 18:1–19:42

18 Después de decir esto, Jesús salió con sus discípulos para ir al otro lado del arroyo Cedrón. Allí había un huerto, donde Jesús entró con sus discípulos. ² También Judas, el que lo estaba traicionando, conocía el lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. ³ Así que Judas llegó con una tropa de soldados y con algunos guardianes del templo enviados por los jefes de los sacerdotes y por los fariseos. Estaban armados, y llevaban lámparas y antorchas. ⁴ Pero como Jesús ya sabía todo lo que le iba a pasar, salió y les preguntó:

—¿A quién buscan?

⁵ Ellos le contestaron:

—A Jesús de Nazaret.

Jesús dijo:

—Yo soy.

Judas, el que lo estaba traicionando, se encontraba allí con ellos.⁶ Cuando Jesús les dijo: «Yo soy», se echaron hacia atrás y cayeron al suelo. ⁷ Jesús volvió a preguntarles:

—¿A quién buscan?

Y ellos repitieron:

—A Jesús de Nazaret.

⁸ Jesús les dijo otra vez:

—Ya les he dicho que soy yo. Si me buscan a mí, dejen que estos otros se vayan.

⁹ Esto sucedió para que se cumpliera lo que Jesús mismo había dicho: «Padre, de los que me diste, no se perdió ninguno.» ¹⁰ Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó y le cortó la oreja derecha a uno llamado Malco, que era criado del sumo sacerdote. ¹¹ Jesús le dijo a Pedro:

—Vuelve a poner la espada en su lugar. Si el Padre me da a beber este trago amargo, ¿acaso no habré de beberlo?

¹² Los soldados de la tropa, con su comandante y los guardianes judíos del templo, arrestaron a Jesús y lo ataron. ¹³ Lo llevaron primero a la casa de Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año. ¹⁴ Este Caifás era el mismo que había dicho a los judíos que era mejor para ellos que un solo hombre muriera por el pueblo.

¹⁵ Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. El otro discípulo era conocido del sumo sacerdote, de modo que entró con Jesús en la casa;¹⁶ pero Pedro se quedó fuera, a la puerta. Por esto, el discípulo conocido del sumo sacerdote salió y habló con la portera, e hizo entrar a Pedro.¹⁷ La portera le preguntó a Pedro:

—¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Pedro contestó:

—No, no lo soy.

¹⁸ Como hacía frío, los criados y los guardianes del templo habían hecho fuego, y estaban allí calentándose. Pedro también estaba con ellos, calentándose junto al fuego.

¹⁹ El sumo sacerdote comenzó a preguntarle a Jesús acerca de sus discípulos y de lo que él enseñaba. ²⁰ Jesús le dijo:

—Yo he hablado públicamente delante de todo el mundo; siempre he enseñado en las sinagogas y en el templo, donde se reúnen todos los judíos; así que no he dicho nada en secreto. ²¹ ¿Por qué me preguntas a mí? Pregúntales a los que me han escuchado, y que ellos digan de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho.

²² Cuando Jesús dijo esto, uno de los guardianes del templo le dio una bofetada, diciéndole:

—¿Así contestas al sumo sacerdote?

²³ Jesús le respondió:

—Si he dicho algo malo, dime en qué ha consistido; y si lo que he dicho está bien, ¿por qué me pegas?

²⁴ Entonces Anás lo envió, atado, a Caifás, el sumo sacerdote.

²⁵ Entre tanto, Pedro seguía allí, calentándose junto al fuego. Le preguntaron:

—¿No eres tú uno de los discípulos de ese hombre?

Pedro lo negó, diciendo:

—No, no lo soy.

²⁶ Luego le preguntó uno de los criados del sumo sacerdote, pariente del hombre a quien Pedro le había cortado la oreja:

—¿No te vi con él en el huerto?

²⁷ Pedro lo negó otra vez, y en ese mismo instante cantó el gallo.

²⁸ Llevaron a Jesús de la casa de Caifás al palacio del gobernador romano. Como ya comenzaba a amanecer, los judíos no entraron en el palacio, pues de lo contrario faltarían a las leyes sobre la pureza ritual y entonces no podrían comer la cena de Pascua. ²⁹ Por eso Pilato salió a hablarles. Les dijo:

—¿De qué acusan a este hombre?

³⁰ —Si no fuera un criminal —le contestaron—, no te lo habríamos entregado.

³¹ Pilato les dijo:

—Llévenselo ustedes, y júzguenlo conforme a su propia ley.

Pero las autoridades judías contestaron:

—Los judíos no tenemos el derecho de dar muerte a nadie.

³² Así se cumplió lo que Jesús había dicho sobre la manera en que tendría que morir. ³³ Pilato volvió a entrar en el palacio, llamó a Jesús y le preguntó:

—¿Eres tú el Rey de los judíos?

³⁴ Jesús le dijo:

—¿Eso lo preguntas tú por tu cuenta, o porque otros te lo han dicho de mí?

³⁵ Le contestó Pilato:

—¿Acaso yo soy judío? Los de tu nación y los jefes de los sacerdotes son los que te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

³⁶ Jesús le contestó:

—Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, tendría gente a mi servicio que pelearía para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí.

³⁷ Le preguntó entonces Pilato:

—¿Así que tú eres rey?

Jesús le contestó:

—Tú lo has dicho: soy rey. Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad. Y todos los que pertenecen a la verdad, me escuchan.

³⁸ Pilato le dijo:

—¿Y qué es la verdad?

Después de hacer esta pregunta, Pilato salió otra vez a hablar con los judíos, y les dijo:

—Yo no encuentro ningún delito en este hombre. ³⁹ Pero ustedes tienen la costumbre de que yo les suelte un preso durante la fiesta de la Pascua: ¿quieren que les deje libre al Rey de los judíos?

⁴⁰ Todos volvieron a gritar:

—¡A ése no! ¡Suelta a Barrabás!

Y Barrabás era un bandido.

19 Pilato tomó entonces a Jesús y mandó azotarlo. ² Los soldados trenzaron una corona de espinas, la pusieron en la cabeza de Jesús y lo vistieron con una capa de color rojo oscuro. ³ Luego se acercaron a él, diciendo:

—¡Viva el Rey de los judíos!

Y le pegaban en la cara.

⁴ Pilato volvió a salir, y les dijo:

—Miren, aquí lo traigo, para que se den cuenta de que no encuentro en él ningún delito.

⁵ Salió, pues, Jesús, con la corona de espinas en la cabeza y vestido con aquella capa de color rojo oscuro. Pilato dijo:

—¡Ahí tienen a este hombre!

⁶ Cuando lo vieron los jefes de los sacerdotes y los guardianes del templo, comenzaron a gritar:

—¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

Pilato les dijo:

—Pues llévenselo y crucifíquenlo ustedes, porque yo no encuentro ningún delito en él.

⁷ Las autoridades judías le contestaron:

—Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se ha hecho pasar por Hijo de Dios.

⁸ Al oír esto, Pilato tuvo más miedo todavía. ⁹ Entró de nuevo en el palacio y le preguntó a Jesús:

—¿De dónde eres tú?

Pero Jesús no le contestó nada. ¹⁰ Pilato le dijo:

—¿Es que no me vas a contestar? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, lo mismo que para ponerte en libertad?

¹¹ Entonces Jesús le contestó:

—No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si Dios no te lo hubiera permitido; por eso, el que me entregó a ti es más culpable de pecado que tú.

¹² Desde aquel momento, Pilato buscaba la manera de dejar libre a Jesús; pero los judíos le gritaron:

—¡Si lo dejas libre, no eres amigo del emperador! ¡Cualquiera que se hace rey, es enemigo del emperador!

¹³ Pilato, al oír esto, sacó a Jesús, y luego se sentó en el tribunal, en el lugar que en hebreo se llamaba Gabatá, que quiere decir El Empedrado.¹⁴ Era el día antes de la Pascua, como al mediodía. Pilato dijo a los judíos:

—¡Ahí tienen a su rey!

¹⁵ Pero ellos gritaron:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícalo!

Pilato les preguntó:

—¿Acaso voy a crucificar a su rey?

Y los jefes de los sacerdotes le contestaron:

—¡Nosotros no tenemos más rey que el emperador!

¹⁶ Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran, y ellos se lo llevaron.

¹⁷ Jesús salió llevando su cruz, para ir al llamado «Lugar de la Calavera» (que en hebreo se llama Gólgota).¹⁸ Allí lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, quedando Jesús en el medio.¹⁹ Pilato escribió un letrero que decía: «Jesús de Nazaret, Rey de los judíos», y lo mandó poner sobre la cruz.²⁰ Muchos judíos leyeron aquel letrero, porque el lugar donde crucificaron a Jesús estaba cerca de la ciudad, y el letrero estaba escrito en hebreo, latín y griego.²¹ Por eso, los jefes de los sacerdotes judíos dijeron a Pilato:

—No escribas: “Rey de los judíos”, sino escribe: “El que dice ser Rey de los judíos”.

²² Pero Pilato les contestó:

—Lo que he escrito, escrito lo dejo.

²³ Después que los soldados crucificaron a Jesús, recogieron su ropa y la repartieron en cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también la túnica, pero como era sin costura, tejida de arriba abajo de una sola pieza, ²⁴ los soldados se dijeron unos a otros:

—No la rompamos, sino echémosla a suertes, a ver a quién le toca.

Así se cumplió la Escritura que dice: «Se repartieron entre sí mi ropa, y echaron a suertes mi túnica.» Esto fue lo que hicieron los soldados.

²⁵ Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, y la hermana de su madre, María, esposa de Cleofás, y María Magdalena. ²⁶ Cuando Jesús vio a su madre, y junto a ella al discípulo a quien él quería mucho, dijo a su madre:

—Mujer, ahí tienes a tu hijo.

²⁷ Luego le dijo al discípulo:

—Ahí tienes a tu madre.

Desde entonces, ese discípulo la recibió en su casa.

²⁸ Después de esto, como Jesús sabía que ya todo se había cumplido, y para que se cumpliera la Escritura, dijo:

—Tengo sed.

²⁹ Había allí un jarro lleno de vino agrio. Empaparon una esponja en el vino, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. ³⁰ Jesús bebió el vino agrio, y dijo:

—Todo está cumplido.

Luego inclinó la cabeza y entregó el espíritu.

³¹ Era el día antes de la Pascua, y los judíos no querían que los cuerpos quedaran en las cruces durante el sábado, pues precisamente aquel sábado era muy solemne. Por eso le pidieron a Pilato que ordenara quebrar las piernas a los crucificados y que quitaran de allí los cuerpos. ³² Los soldados fueron entonces y le quebraron las piernas al primero, y también al otro que estaba crucificado junto a Jesús. ³³ Pero al acercarse a Jesús, vieron que ya estaba muerto. Por eso no le quebraron las piernas.

³⁴ Sin embargo, uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al momento salió sangre y agua. ³⁵ El que cuenta esto es uno que lo vio, y dice la verdad; él sabe que dice la verdad, para que ustedes también crean. ³⁶ Porque estas cosas

sucedieron para que se cumpliera la Escritura que dice: «No le quebrarán ningún hueso.» ³⁷ Y en otra parte, la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron.»

³⁸ Después de esto, José, el de Arimatea, pidió permiso a Pilato para llevarse el cuerpo de Jesús. José era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a las autoridades judías. Pilato le dio permiso, y José fue y se llevó el cuerpo. ³⁹ También Nicodemo, el que una noche fue a hablar con Jesús, llegó con unos treinta kilos de un perfume, mezcla de mirra y áloe. ⁴⁰ Así pues, José y Nicodemo tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas empapadas en aquel perfume, según la costumbre que siguen los judíos para enterrar a los muertos. ⁴¹ En el lugar donde crucificaron a Jesús había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo donde todavía no habían puesto a nadie. ⁴² Allí pusieron el cuerpo de Jesús, porque el sepulcro estaba cerca y porque ya iba a empezar el sábado de los judíos.

Las lecturas del Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y los Evangelios provienen de *Dios habla hoy* ®, Tercera edición © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996.

Las Colectas, Salmos y Cánticos son del Libro de Oración Común, 1979, Traducción 2022.